Blasco y los yankees

Agustin Remesal

Agustín Remesal es periodista, corresponsal de TVE en Nueva York.

Cuando el 27 de octubre de 1919, al amanecer, el vapor *Lorraine* atracó en el dique oeste del Puerto de Manhattan, Blasco Ibáñez era ya una celebridad en los Estados Unidos de América. La versión inglesa de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* había sido publicada en Nueva York el verano del año anterior, y su editor E.P. Dutton seguía aún ordenando cada semana nuevas reimpresiones de la obra, de la que ya habían vendido más de dos millones de ejemplares. Ese éxito editorial era su mejor tarjeta de presentación ante los poderosos personajes de las finanzas, la cultura y el periodismo, empeñados por entonces en ordenar una sociedad fragmentada por sucesivas avalanchas migratorias, en levantar los más altos rascacielos de la Babilonia americana y en enriquecerse. Así que el escritor se dispuso a llevar a cabo en este país de todas las novelas su plan de promoción, apenas intuido, cuyo resultado superaría con creces los cálculos de un hombre ya acostumbrado a la grandeza de horizontes.

UNA APARICIÓN DESLUMBRANTE

En el muelle de la calle catorce, cerca de Wall Street, a dos pasos de las redacciones de los grandes rotativos neoyorquinos, se agolparon esa mañana los reporteros, en busca del genio. Él dice haber divisado desde allí, nada más desembarcar, una ciudad de gigantes, los soberbios rascacielos, inmensos; y también la infinidad de barcos mercantes y de recreo fondeados en el River. Abría sus ojos como grandes objetivos de una cámara, señala el periodista Montrose J. Moses, y se movía con el nerviosismo que produce una novedad tan aplastante, mientras saludaba a todos sus compañeros de pasaje: un arquitecto francés, un grupo de laboristas británicos, la hija de un ministro guatemalteco... A pesar de su imaginación desbordante y de las decenas de libros que había leído durante el verano acerca de esta América colosal, el planeta de los espacios inacabables, el escritor se quedó extasiado ante aquel bosque de metal y cemento, con la excitación del explorador reflejada en su rostro.

> "Y cuando me percaté de que todo aquello era una obra humana, me hizo sentir orgulloso y de ser hombre. Conozco todos los grandes puertos del mundo, pero ninguno me causa la misma impresión que éste.[1]

Con la pasión desbordada de quienes son adeptos ya a una nueva moda literaria llegada de Europa, centenares de admiradores y periodistas rodearon al escritor y dibujaron su silueta. Así lo hace un reportero del *New York Times*: un porte de mucho vigor, gordo, pero no obeso... tiene la pinta de un próspero importador.[2]

Su primer hospedaje en la ciudad fue el Hotel Belmont, recientemente instalado por un español según el más revolucionario estilo de aquella hora de grandes obras, fruto de las modernas tecnologías hidráulicas y de la comunicación, aplicadas ya en los grandes establecimientos para turistas de lujo, construidos en la parte más noble de la isla. Y allí acuden en masa los cronistas, a media tarde, e interrogan al escritor durante más de tres horas. Uno apunta que durante ese tiempo se recibieron más de una decena de llamadas de teléfono para invitar al novelista a toda clase de eventos sociales; desayunos, comidas, meriendas, cenas y recepciones varias. Otros anota que el personaje lleva en el anular de su mano izquierda un anillo con un importe zafiro. Él declara de improviso que se propone visitar todas las regiones de la Unión para preparar una nueva novela.

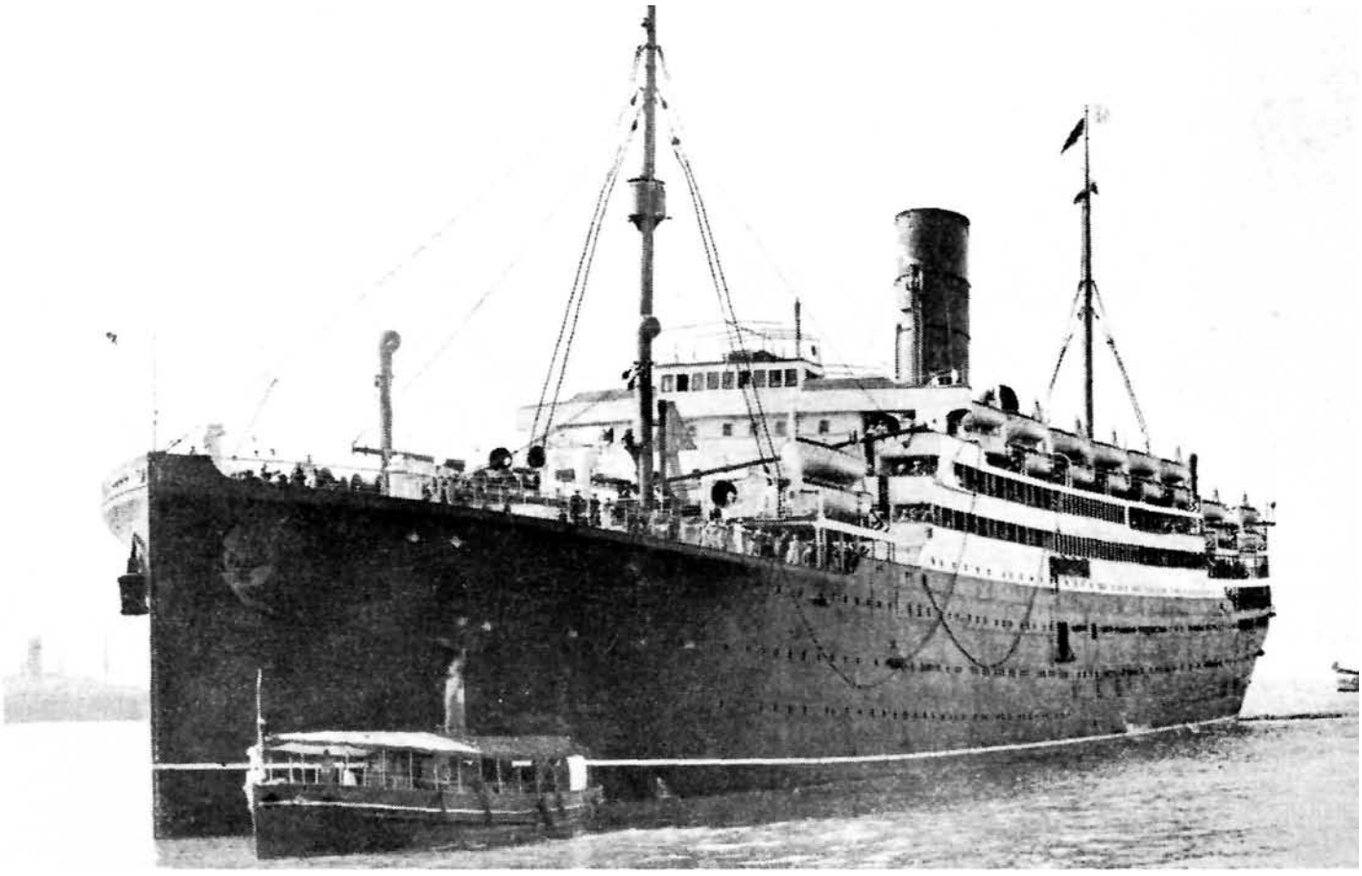
> "No aspiro a escribir una novela americana, que muestre la realidad de los hombres y mujeres de este país. Más bien utilizaré los paisajes de sus tierras y de sus ciudades así como la imagen de sus multitudes y ese tipo de cosas. No trataré de reflejar la psicología de este país."[3]

Esa confusión prematura, forzada quizás por la exigencia de primicias periodísticas, quedaría enmendada durante los ocho meses que durará su primer viaje norteamericano, cuando el escritor se topa con los mil y un personajes que le abren el camino para comprender una nueva sociedad cuyo régimen más destacado, según él, es el numeral. A la búsqueda de ese "tipo americano" se lanza Blasco como un obseso investigador de laboratorio; a la caza de ese espécimen humano típico de estas tierras: alto, angular, huesudo, y con una muy potente mandíbula inferior. No encontrará muchos ejemplares que respondan a esa descripción. Pero sí se acomodarán en cambio muchos norteamericanos, al menos los de esta parte oriental del país, a la norma de la exactitud matemática y al gusto por los grandes números y las exorbitantes dimensiones, de tal modo que, según Blasco, un ciudadano de estas tierras es capaz de responder que en el río Hudson nadan cinco millones quinientos cuarenta y un mil seiscientos veintiocho peces. Ese es el método usado por el nieto del Tío Sam para mostrar que el mundo gira bajo su control y evitar que la duda se apodere de la sociedad que le rodea.[4]

UN HOMBRE DE ACCIÓN EN LA CAPITAL DEL MUNDO

Como todos los viajeros empedernidos, Blasco Ibáñez tenía por regla fija la de alargar la duración y el periplo de sus viajes hasta agotamiento de las metas que se marcaba sucesivamente. La primera vez que viajó a Argentina, en 1908, preparó un circuito de conferencias y visitas que debía llevarle un mes; se quedó nueve y recorrió todas las regiones y ciudades a medida que se abría su apetencia de descubridor, el conocimiento de un país de tamaño continental exigía no menor tiempo y esfuerzo. Así se lo hizo saber a los impacientes reporteros en su entrevista programática. Irá a Cuba, les anuncia; y por exigencias de su inagotable curiosidad, de su labor promocional y de varios contratos periodísticos, elementos en iguales dosis, terminará visitando Washington, Méjico, Chicago, Filadelfia, West Point... y varios Estados del oeste, en concreto California, para conocer de cerca, en Los Angeles, los detalles del rodaje de la película *Los cuatro jinetes del Apocalipsis.*

Aquel novelista vital, capaz de convencer a los lectores estadounidenses (a razón de mil dólares por artículo de periódico) que París había recobrado su brillo de antes de la guerra; aquel rendido admirador de Edgard A. Poe cuando muchos de sus conciudadanos aún le denostaban; aquel autor de novelas de éxito lleno de amigos y dispuesto a favorecer incluso a los malos, se convierte nada más llegar a Nueva York en materia periodística excelente. Con la habilidad del comunicador que entiende bien a quienes dirige su mensaje, explica que él escribe sus novelas "como si estuviera subiendo montañas". Luego se desvive por complacer con respuestas ingeniosas a las más peregrinas cuestiones que le lanzan desde los cuatro puntos cardinales de su habitación un nutrido grupo de reporteros: cuántas miles de palabras se conforma con escribir cada día, cuándo estallará la revolución social en Europa, qué opina de la mujer americana... Blasco deja esta última para mejor ocasión y dedica una sonada y sentida alabanza al sistema político de los Estados Unidos:



"Los Estados Unidos tienen un gobierno perfecto, dentro del posible límite de la perfección humana. Es progresista y remedia sus propios defectos. En el Viejo Mundo, en las monarquías, los defectos llegan a convertirse en instituciones, y con el tiempo llegan a ser necesarios para derrocarles".[5]

No le duelen prendas: este enemigo acérrimo de los políticos profesionales dirá pocos días después en una entrevista que el presidente Wilson es un poeta de la política, el primer poeta de una nueva era. La querencia norteamericana le venía a Blasco Ibáñez de lejos. Desde Madrid, poco antes de iniciar su segundo viaje a Argentina para llevar a cabo su proyecto colonizador, escribe una carta a su amigo Archer Milton Huntington, fundador y presidente de la prestigiosa Hispanic Society de Nueva York:

"Siento con toda mi alma no saber inglés... ¿No sería posible dar ahí algunas conferencias sobre la España moderna y antigua? ¿Habría en Nueva York público para unas conferencias en español?[6]

Su paso de activista político anima a los reporteros a indagar las opiniones del escritor acerca de mil y un problemas sociales. Y para escándalo de los liberadores de Europa, predice la llegada del quinto jinete, que llega a los talones de la miseria dejada por la confrontación armada en el Viejo Continente.

"La huelga es un implemento de la guerra. Ese quinto jinete ya ha salido a escena; no parece que vaya con rapidez hacia la destrucción, como sus cuatro predecesores, ante la implacable fuerza de la justicia internacional. Estamos atravesando un periodo de incertidumbre y de dudas. Pero yo soy de los que cree que todo tiene solución. El quinto jinete puede continuar galopando durante algún tiempo, y al final será doblegado en combate..."[7]

Ese carácter de hombre de acción y ese saber político le valen a Blasco un tratamiento especial en las columnas del prestigioso *New York Times;* en efecto raramente ese u otro periódico dedican un editorial a la visita de un autor célebre tratando de explicar su talante ideológico. Sorprende al comentarista del *Times* que los llamados revolucionarios de toda índole y condición en Estados Unidos no hayan mostrado ningún entusiasmo ni den la bienvenida a un autor de fama que ha sufrido cárcel por sus ideas de revolución social. Pero el escritor valenciano ha cometido dos crímenes imperdonables para los rebeldes norteamericanos: no fue germanófilo durante la guerra y considera que la revolución no es un fin en sí mismo, sino un medio que ha de ser empleado para buenos fines.

El prestigio del escritor se acrecienta cuando el editorialista pone en perspectiva americana su censura de los vicios nacionales españoles, en la

novela *Sangre y arena*, cuyos elementos narrativos bien podrían ser traspuestos a la realidad social de los Estados Unidos para obtener un resultado similar, en esa novela que Blasco tendría ya en preparación:

> "Puede él plantearse escribir otra novela acerca de nuestro deporte nacional. El béisbol ha inspirado sólo a nuestros escritores de comedia, discrepando de arriba abajo. Eso no va contra su naturaleza, ya que el béisbol carece de los elementos pintorescos y trágicos de la corrida; mas persiste la sospecha de que hay en él algún vicio más de los descubiertos por nuestros escritores de deportes".[8]

Acuciado por algunos amigos rusos, refugiados en París tras el "terror blanco" de la revolución bolchevique, Blasco marcará otra frontera notable, en esa precisión de su propia ideología, en un memorable artículo que publica en *New York Times* poco después de su regreso a Europa. El bolchevismo es la dictadura de una manada de fanáticos, dice el escritor refiriendo declaraciones de quien han huido a la capital francesa desde ese terror. El artículo tuvo gran influencia en ciertos ambientes norteamericanos, enfrascados en un debate virulento acerca de las evidentes maldades de aquella revolución rusa que tenía tantos devotos en la vieja Europa. Blasco, escondiendo su armadura tras las declaraciones de esos amigos del exilio, logra dar una versión de los hechos muy apta para mentes americanas. Y adorna el argumento con ciertas osadías, como la de comparar (cosa poco frecuente por entonces) la reputación revolucionaria de los bolcheviques cuando pregonan una nueva era de progreso para la humanidad con las teorías humanistas en nombre de las cuales Alemania había invadido Bélgica y Francia pocos años antes.[9]

Esa inequívoca defensa de los valores democráticos y de progreso le otorgó a Blasco Ibáñez la más prestigiosa condecoración académica que obtuvo en su vida; el doctorado honoris causa en letras por la Universidad George Washington. Su presidente William Miller Collier había sido embajador en España y era un enamorado de la literatura de Cervantes y del personaje de Don Quijote. A él dedicó buena parte del discurso que pronunció en el solemne acto académico de investidura. Con la oportunidad del lugar de su nacimiento, hace del escritor un nuevo Cid que lucha también contra opresores extranjeros, enérgico, viril, indomable y modelo típico del individualismo español. Esa imagen de conquistador peninsular fue fraguando poco a poco en América, y le proporcionaría al novelista no pocos quebrantos en el debate público. Pero el Presidente Collier no se detiene en sutilezas y traza así el retrato del escritor:

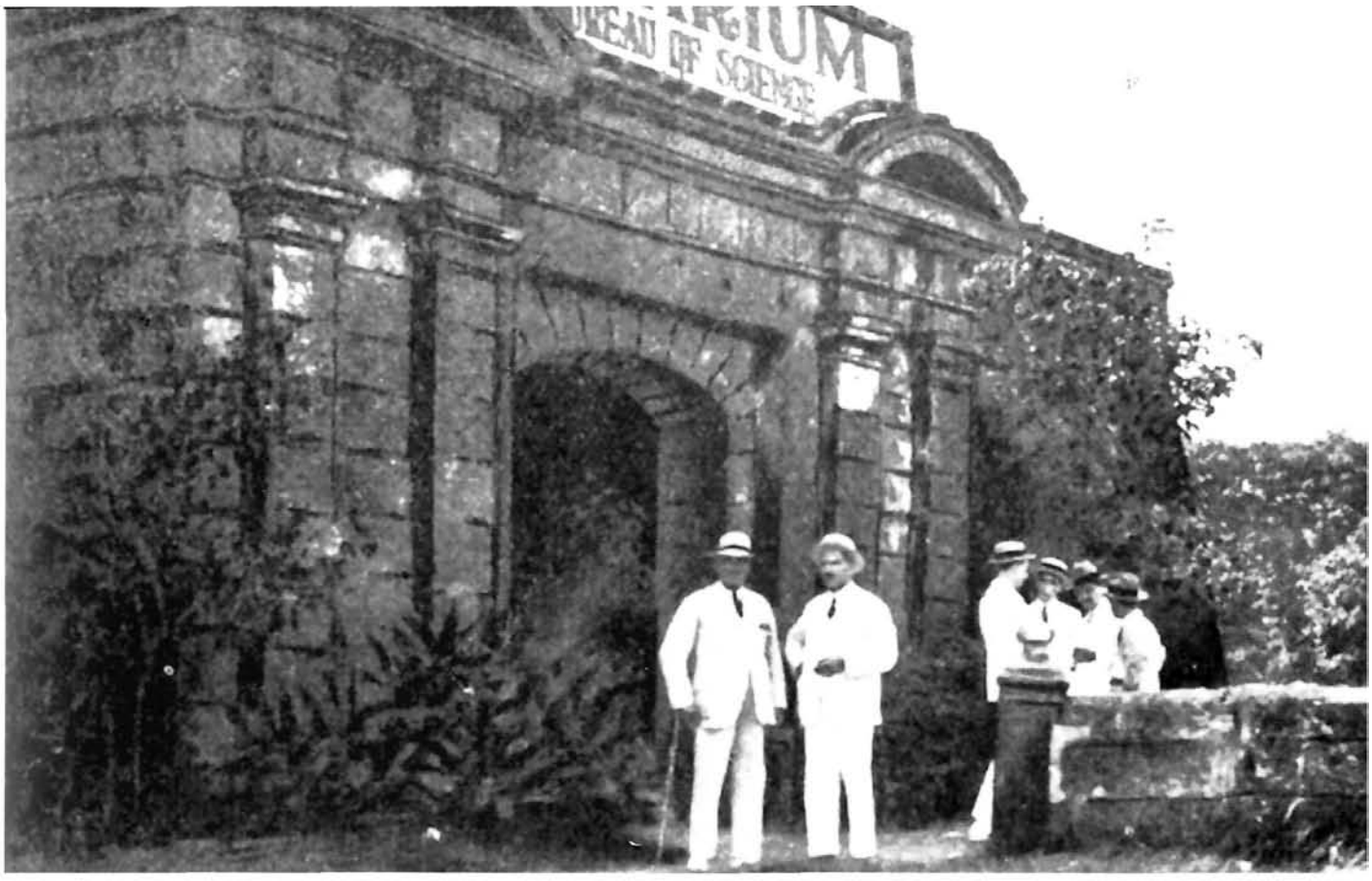
> "Usted ha exhibido por doquier simpatías a raudales. Usted ha entendido el espíritu impregnado de nuestro tiempo. Usted ha agitado los corazones y movido los ánimos de los hombres de todas las razas y todos los climas... Usted un amante de la libertad universal, de la igualdad de oportunidades... Os saludamos pues como el gran ciudadano del mundo."[10]

Sólo quedaba conceder la doble nacionalidad al novelista... La velada de esa celebración contó con la asistencia de ocho embajadores, dos miembros del Gobierno de los Estados Unidos, dos senadores, siete congresistas, jueces, militares, editores y otras categorías sociales de la alta sociedad de la capital federal.

Tanta complacencia oficial le valió a Blasco alguna desazón pocos años más tarde. Cuando se disponía a ofrecer una lectura de sus obras en la Universidad de La Habana, la Federación de estudiantes vetó su presencia en los recintos académicos por considerar que "había vendido su pluma y sus palabras al oro yankee y sus ideas se oponían a la causa de los países latinoamericanos."[11]

BLASCO REIVINDICA LA GLORIA DE POE

Blasco Ibáñez seguía sin saber inglés cuando llegó a la metrópoli de los rascacielos en el otoño de 1919, pero esa carencia lingüística no limitó su relación con la prensa y con la sociedad neoyorquina; su perpetua habla española, fluida y vigorosa, le rodeó por cierto de un halo de misterio y simpatía que adornaba mucho su aparente insolencia cuando hablaba de la vida y los usos y costumbres de los estadounidenses en sus declaraciones periodísticas y en sus conferencias multitudinarias. Su buen amigo Huntington, que se quedó para su colección de reliquias culturales con unas lentes del escritor (no se sabe si por regalo u olvido), le remitía al hotel abundante correo de avisos e invitaciones para los más brillantes encuentros de la alta sociedad. Y así empieza su fulminante carrera de ciudadano neoyorquino. A petición de editores y publicistas, Huntington prestará gustoso una y otra vez la fotografía del



Vicente Blasco Ibáñez en Manila.

retrato de Blasco obra de Joaquín Sorolla, y que el mecenas americano muestra en un lugar privilegiado de su galería de artistas españoles, situada en la parte alta de Broadway.

Apenas un mes después de su llegada, el novelista da su primera conferencia ante un público en admiración que abarrota el Auditorio Horace Mann del Instituto de Artes y Ciencias de la Universidad de Columbia. Es su primer escalón académico y una buena oportunidad para hacer una ferviente defensa del papel de España en el futuro del mundo, "a pesar de su actual anemia", apunta el escritor. Y luego, el equilibrio sobre la realidad de la gran nación americana, que estalla de prosperidad, con una arriesgada profecía:

> "El progreso del mundo en el futuro brotará en América, donde los descendientes de ingleses y españoles alcanzarán una supremacía indiscutible".[12]

A pesar de esa devoción con que Blasco hermana a los pueblos y las culturas que inventaron, conquistaron y colonizaron el Nuevo Mundo, la audiencia se dividió y sus adversarios (él supone que son germanófilos) lo esperan una semana más tarde en su segunda comparecencia pública, en el Hotel Pensilvania, invitado esta vez por el Club de Amistad americano-mejicano. Allí vuelve a arremeter contra los historiadores sajones empeñados en convertir la historia de España en América en una lacra que ofende a la humanidad entera. Allí le organizan la algarada esos adversarios de su alegato patrio, gritándole la pregunta insolente: ¿Por qué vinieron los españoles a Méjico, a molestar a los indios, Sr. Ibáñez? ¿Por qué fueron molestados los indios que vivían en Manhattan?, replica el novelista como un trueno.

El éxito multitudinario, de gran brillo, que sólo podía dar por aquellas fechas en Nueva York el personal asociado al gran negocio del espectáculo, le llegaría inmediatamente. Dos mil personas acudieron a la recepción organizada por el empresario Daniel Frohman en el Teatro Lyceum. Hubo gran multitud y cortes de tráfico, dos componentes imprescindibles en cualquier evento de relieve en la gran metrópoli neoyorquina. Blasco actuó como principal orador y se sumó a la campaña de recogida de fondos en favor de las gentes del teatro más desfavorecidas.

Apenas habían pasado tres semanas desde su llegada, cuando Blasco hizo realidad uno de sus sueños literarios con escenario en Nueva York: la creación de un monumento a su admirado Edgard A. Poe. El poeta había fallecido en Baltimore en 1849, pero sus escritos aún provocaban el rechazo del acendrado puritanismo en los Estados Unidos. Blasco empeño su éxito literario en convencer a algunos críticos y sociedades literarias de la

conveniencia de esa reivindicación de Poe, y al presidente de la Sociedad de Artes y Ciencias del Bronx, W. Stebbins Smith, de que había llegado la hora de una iniciativa largamente acariciada: la construcción de un memorial en honor del poeta de Boston, en un gran parque de ese barrio neoyorquino, en Fordham. El novelista promotor abrió la lista de suscripciones con una donación de cien dólares. El periódico *New York Times* recompensó ese patrimonio de Blasco Ibáñez con una editorial laudatorio, en su sección semanal dedicada a los libros, en donde se traza un arriesgado paralelismo entre la obra de ambos autores:

> "Es algo más que un gesto de cortesía literaria internacional... Existía una razón especial, en cierta forma local, para que nuestra nación haya abandonado en la negligencia a Poe. La estima de Europa por el escritor no se había contagiado por esa adversa influencia y la admiración por el poeta del Señor Blasco Ibáñez reconoce el sabor maduro de medio siglo de apreciación por los críticos."[13]

LA IDIOSINCRASIA DIVERSA DE LOS NORTEAMERICANOS

Una persona o un pueblo llevan al difícil estadio de ser absolutamente genuinos cuando comienzan a ser objeto de imitación. Esta es una de las reglas que el observador Blasco Ibáñez dicta pocas semanas después de pasear por Manhattan, acudir a decenas de recepciones y mirar a las gentes y a los rascacielos con el ojo de un autor de novelas que se desdoblan con gran generosidad en su personajes. Primera constatación a pie de calle: los ciudadanos de este país tienen la forma peculiar de reír (el norteamericano abre sus fauces para enseñar todos sus dientes y hace mucho ruido) y de fumar (el norteamericano coloca su cigarrillo entre los labios en mil y un ángulos distintos y lo tira a medio fumar cuando esta completamente magullado). No es una caricatura, sino la versión cotidiana de una forma de pensar directa, sin prejuicios y por tanto, insolente.

> "La gradación en materia de opiniones y el concepto de la relatividad aplicado a los valores del pensamiento parecen ser desconocidas en Estados Unidos. La gente aquí, aparentemente, no tiene paciencia para percatarse de las numerosas excepciones y calificaciones que modifican un aserto de carácter general, y hasta pueden suprimir una Ley. La curiosidad de los americanos consiste en conocerlo todo, en emprenderlo todo hasta el mínimo detalle y sin margen alguno de vaguedad o el pormenor". [14]

Se sorprende el escritor de la gran influencia que la religión ejerce en los valores de los ciudadanos de este gran país; más que la ciencia, constata él. Y en política, se admira de la gran ductilidad de acción con que los partidos llevan a cabo la defensa de sus propios intereses. Sin reservas ni engaños, que para dar aire a todo ese magma de lucros contrapuestos está la sacrosanta prensa: no hay ningún otro lugar del mundo en donde los periódicos tengan más influencia en la vida pública, concluye el novelista.

¿Y alguien dijo que este país encerrado entre dos océanos es el reino del materialismo, de los "cazadólares"? No está claro, porque a la vez aquí se practica el altruismo más puro, junto a la más sonora rapacidad. Y junto a las crónicas de los grandes negocios y de las fianzas apabullantes encuentran acomodo las grandes gestas de la generosidad universal: millones de hombres atravesaron el Atlántico para ir a luchar en favor de unos ideales que estaban siendo aplastados en el suelo de otros pueblos más débiles.

> "Ni el mismo Don Quijote habría hecho más quijotadas. Pero Don Quijote, que tanto se parecía al Tío Sam en la última guerra, no era el usado bufón ... América fue como un Don Quijote de verdad, el melancólico héroe que reta a la insolencia desde su debilidad".[15]

Blasco deduce que, en vista del materialismo liviano practicado por los norteamericanos en su vida de desenfrenado despilfarro, este pueblo corrige tanta lujuria cotidiana practicando el idealismo y produciendo héroes al menos una vez por cada generación.

DISPUTA SOBRE EL MISTERIO FEMENINO

Una de las más vistosas polémicas encendidas por Blasco Ibáñez en aquellos días de arrebatado viaje por las grandes ciudades norteamericanas es la que prendió con esta declaración que el escritor habría hecho en el Club Universitario de Filadelfia: todos los americanos se portan como unos cobardes ante las mujeres. Un reportero reflejó así el fulgurante debate mantenido entre el novelista y una veintena de socios del citado Club:

> —Las condiciones en que viven y trabajan los norteamericanos son casi las mismas que prevalecían en la prehistoria, cuando los hombres eran cazadores y

guerreros, mientras sus mujeres se quedaban en casa atendiendo a la cocina y a los niños –afirmó el escritor.
—No, absolutamente no –replicaron riendo algunos socios.
—Todos los americanos tienen miedo de sus esposas, –insistió el autor.
—No en este Club –objetó uno de los contertulios.
—Eso es verdad –admitió Blasco– no en este Club. Pero ¿qué sucede cuando ustedes salen aquí? Cada americano imagina que su esposa está detrás de la puerta esperando con los rulos en la cabeza. Señores, ¡lo que necesita este país es un segundo presidente emancipador![16]

Las observaciones de Blasco acerca de los efectos domésticos de los rulos en el pelo y la sugerencia de que los varones americanos deberían reaccionar también a esa tiranía femenina como lo hacía el hombre de las cavernas, usando el látigo (aunque de manera suave), levantaron una polvareda que se extendió en pocos días por todo el este americano. Intervienen en la disputa profesores, editorialistas, curas y políticos. El reguero de cartas a los directores de periódicos contienen ingeniosas citas de lo dicho por el escritor, análisis sociológicos, lamentos, condenas y comparaciones entre lo que ocurre en el hogar a uno y al otro lado del Atlántico. He aquí una de ellas: la leyenda de la abyecta sumisión a la mujer del varón americano merece credibilidad en el mundo entero. Pintan a nuestras esposas como "chicas fieras y atléticas", y los americanos son muy proclives a creerse lo que de ellos dicen fuera.[17] Y hasta en verso se refleja esa controversia en la prensa:

Si nuestros hombres siguieran su consejo
(y aborrezco que ellos así lo hagan)
con muy poco sería suficiente.
Ni un minuto podremos soportarlo.
No hablaré de las damas españolas;
las de aquí lo tendrían por martirio,
y pasada no más de una semana
estarían cobrando ya el subsidio.[16]

Tal fue el alboroto que levantó aquel diálogo en Filadelfia servido por la crónica periodística que el prestigioso diario neoyorquino consideró oportuno salir al quite de las críticas y suavizar la andanada. Con una vena de novelista, el señor Blasco Ibáñez habría recurrido a una dramatización psicológica para explicar la realidad: el americano de hoy se dedica a cazar cuantos dólares pasan ante él, mientras que sus esposas, liberadas de esa tiranía de la subsistencia, pueden dedicarse a las artes, a la lectura, a visitar celebridades... Y así seguiría durante varios meses el escritor pulsando los sentimientos de quienes le recibían en universidades, teatros, clubes y asociaciones benéficas, indagando las virtudes y los defectos de los ciudadanos de este país que conforma, al fin y al cabo, un mosaico de pueblos de difícil homologación.

LAS CRÍTICAS DE LA CRÍTICA

La recensión de las obras de Blasco en la prensa norteamericana es un ejemplo de periodismo laudatorio difícilmente superable. Sus novelas *Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Sangre y arena, Mare nostrum, Los muertos mandan, Los enemigos de la mujer, La catedral y La barraca* han tenido ya éxitos mientras él recorre Norteamérica. Este moderno Lope de Vega (otro Gargantúa de papel, proclama un crítico neoyorquino), es tan prolífico que posee la extraña capacidad de escribir al mismo tiempo hasta cinco novelas. En el catálogo de las que tiene en curso de redacción la prensa estadounidense cita por aquellos días las siguientes, en su afán por mostrar el interés del autor por plasmar en una novela cuanto está aprendiendo y sintiendo de la gran nación americana: *La ciudad de todo el mundo* (Nueva York), *El paraíso de las mujeres, Camaleón City*, (sobre el mundo del cine en Hollywood), *Los primeros hombres Blancos* (sobre el oeste americano), *El águila y la serpiente* (sobre Méjico), *La diosa de las dos caras, La voluntad de vivir, A los pies de Venus y la colina roja.*[19]

La crítica se había volcado en alabanzas especialmente cuando, el año anterior, fue publicada la versión norteamericana de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Blasco había hecho ya mucho camino con sus crónicas de guerra; así que cuando el libro llegó a las librerías precedido por ese halo de escritor antigermanófilo que proporcionó su editor neoyorquino Dutton, Blasco Ibáñez tomó el relevo de los bravos luchadores del Maine en la mente de los estadounidenses. Y los comentaristas estuvieron a la altura, azuzados por una exorbitante campaña promocional.

"En cuanto que trabajo de ficción, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* contiene el más rotundo género de encanto para quienes buscan una genuina literatura de creación en novela. Viniendo de uno de los más señeros de España, y conteniendo por tanto el auténtico punto de vista español sobre la guerra, se le añade justamente ahora otro interés adicional aplicable a muy pocas de nuestras novelas recientes."[20]

Vicente Blasco Ibáñez en Filipinas.

Una parte de la crítica académica y, sobre todo, algunos escritores de renombre, nunca aceptaron a Blasco entre los grandes autores del siglo. Hay un ejemplo paradigmático, en ese bando de la animaversión contra un éxito literario tenido por demasiado fácil y de escaso valor: el del novelista John dos Passos. El autor de *Manhattan Transfer* había hecho la I Guerra mundial como conductor voluntario de ambulancia, sobre el terreno, y le guardaba a Blasco Ibáñez rencor del activista frente al elegante personaje que no se embàrdurnó las botas en las trincheras. Dos Passos echaría fuera esa amargura de su experiencia en su primera novela memorable un año después de que Blasco estuviera en Estados Unidos, en 1921; y el siguiente ramalazo de despecho en un breve ensayo que tituló con mucho sarcasmo "*Rosinante to the road again*" (Rocinante cabalga de nuevo):

> "B.I. no necesitaba convertirse en un Midas a la inversa. El suyo es un género soberbiamente mediterráneo, con algo de Aretino, una pizca de Garibaldi y un poco de Tartarín de Tarascón; tempestuoso, sensual, entusiasta, viviendo a fondo en un mundo real... Con su sola energía, habría producido cosas de interés de no haber encontrado tan fácil e inmediato desahogo en la máquina de escribir... Es una desgracia que B.I. y los Estados Unidos se hayan descubierto el uno al otro en este momento. No se harán mutuamente ningún bien. Tenemos aquí gran abundancia tanto de grandes ideas borrosas como de novelistas populares, y estamos en el espacio favorito de los Midas a la inversa."[21]

Con la ironía hirviente que sólo pueden proporcionar la edad (25 años) y una peligrosa honestidad, John dos Passos completa su visión de ese maridaje de intereses materiales entre Blasco Ibáñez y los Estados Unidos. Habría que medir ahora, desde una perspectiva crítica más distanciada, los paralelismos entre los dos autores, obcecados por la búsqueda de una nueva estética e inspirados en las novedosas fórmulas cinematográficas para construir sus obras de ficción. Pero aquí queda el ditirambo...

> "Y ahora, Estados Unidos, el hogar de la rubia estenógrafa, de máquina de escribir y del agente de prensa. ¿Qué cabe esperar de la combinación de Blasco Ibáñez y Broadway? En cualquier caso, el cine lo va a aprovechar."[22]

Si Dos Passos hubiera leído la prensa, cuando los periódicos reflejaban con pasión los mínimos detalles del estilo de vida y los métodos de trabajo de Blasco Ibáñez, se habría enterado de que su crítica demoledora adolece de una cierta imprecisión, al menos, mecánica: el escritor valenciano pregonaba en cuanto se lo permitían que él soportaba escribir hasta 30 horas sin descanso, y que sin embargo era incapaz de usar para eso una máquina y de dictar a un taquígrafo. Su razonamiento acerca de esas herramientas llega a una rotunda conclusión:

> "Usted puede dictar un discurso, o una lección magistral, o algo de ese género; pero no puede dictar una novela. Tiene que escribirla a mano. Una máquina de escribir provoca gran distracción; no se puede escribir poesía con ella, ni tampoco una novela."[23]

Y la otra cara de la moneda: al campeón del "realismo americano", el crítico y novelista Wiliam D. Howell le dio tiempo a escribir pocos meses antes de su muerte uno de los mayores elogios que recibieron las primeras novelas de Blasco en Estados Unidos. Nadie podrá decir que la siguiente loa es producto de connivencias ideológicas. Howells militó contra la industrialización y en favor de un socialismo cristiano que Blasco no hubiera aceptado inscribir en sus principios de doctrina social. Al igual que había hecho unos años antes con Zola y Pérez Gladós, el influyente crítico Howells dio este espaldarazo de entrada en América a Blasco Ibáñez:

> "B.I. es el portador del estandarte de la revolución científica en la literatura de ficción... y posee en un más alto grado que sus predecesores la emoción poética y el arte del naturalismo necesario para retratar ese nuevo mundo que sus libros llevan impregnado."[24]

DESCUBRIMIENTO DE UNA FÁBRICA DE SUEÑOS Y DINERO

Un día de aquel otoño neoyorquino, que Blasco bebió con todas las ambiciones a flor de piel, le llevaron a ver un estudio cinematográfico, donde se habían preparado los primeros elementos de rodaje de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Una suerte de ensueño lúcido invadió la mente del escritor: cambiaría su oficio de novelista por el de escritor de guiones para el cine.

Le informaron de cómo se había hecho la adaptación de su obra, apuntó ideas, tomó nota de algunas técnicas del nuevo arte y pidió ser conducido a California, para ver de cerca el rodaje de su novela.

En compañía de Richard A. Rowland, presidente de Metro Picture Corporation, Blasco Ibáñez

atravesó el continente y llegó a Los Angeles. Los estudios de esa compañía estaban a las afueras de la ciudad. En pleno mes de enero, los trabajos seguían con toda normalidad, gracias a la suavidad del clima californiano; como en Valencia, apuntó el escritor. Quizás tanta confianza en la meteorología fue la causa de una aparente neumonía que padeció allí, y que le diagnosticaron los médicos. Pero el mal no le duró más de una semana.

Día tras día se acercaba a los estudios de la Metro para seguir los trabajos de construcción de los decorados, ensayos, pruebas de luces y rodajes. Era aquella la mejor escuela de cinematografía que pudiera existir en el mundo. Y el novelista reiteró de nuevo su propósito de escribir para el cine. Sus anfitriones le pusieron al corriente de los gustos, las manías y los prejuicios de las audiencias norteamericanas.

> "Quiero dirigir una película escrita por mí, anunció Blasco a quienes le acompañaban en una visita a los Estudios de la Metro. Ellos sonrieron. Le hicieron notar que dirigir una película es una tarea muy especial. Le señalaron los catorce asistentes a la dirección que trabajaban simultáneamente para que el director de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* pudieran terminar el rodaje en el plazo previsto. Poco a poco, fue mermando el entusiasmo de Blasco Ibáñez por ser director de cine..."[25]

Cuando el escritor embarcó en Nueva York, pocos meses más tarde, para regresar a Europa, ya tenía en mente el primer argumento que debería desarrollar para el nuevo arte; algo muy americano, como le habían aconsejado sus amigos de Los Angeles. Y siete años más tarde, cuando el cine mudo murió por los mismos días que el escritor, Blasco Ibáñez era un valor seguro en Hollywood y su nombre estaba marcado en celuloide en los títulos de crédito de media docena de películas.

> "B. I. en América será una maravilla de siete días. Nada llega a serlo para siempre. Pero ¿porqué hemos de pretender una y otra vez que las maravillas para siete días son cosas grandes y eternas?"[26]
> "Mis asuntos en Estados Unidos marchaban bien. Llevo ganados 350.000 dólares y la venta se mantiene firme y continua. La muestra de la casa está acreditada."[27]

© Agustín Remesal

NOTAS

[1] *New York Times* (NYT). 28.10.1919
[2] *NYT.* 28.10.1919
[3] *NYT.* 28.10.1919
[4] *The Literary Digest* (TLD). 6.11.1920
[5] *NYT.* 26.10.1919
[6] Carta a Huntington. Madrid, 6.3.1910. Archivo Hispanic Society. New York.
[7] *New York Tribune.* 20.11.1919
[8] *NYT..* 2.11.1919
[9] *NYT..* 26.9.1920. *Bolshevisme as Tyrany.*
[10] TLD. May, 1920. *George Washinton University honors Blasco Ibáñez.*
[11] *NYT..* 20.11.23
[12] *NYT..* 4.11.19
[13] *NYT..* 25.11.19
[14] *TLD.* Nov. 1919. *The yankees and their ways.*
[15] *TDL.* Nov. 1919
[16] *NYT..* 29.2.1920. *Men fear rolling pin.*
[17] *NYT..* 14.3.1920. *Our docile daughters.*
[18] *NYT..* 3.3.1920. *Beatrice Barry. Caveman stuff.*
[19] *NYT.* 14.3.1920. *The modern Lope.*
[20] *NYT..* 1.9.1917. *Neutral war fiction.*
[21] John don Passos. *Rosinante to the road again.* Manuscrito en Archivo Hispanic Society. New York.
[22] *Ibid.*
[23] *NYT..* 26.10.1919
[24] *NYT..* 2.2.1919
[25] *NYT..* 23.1.1919. *Blasco Ibañez, Movie fan.*
[26] John dos Passos. Id. Ib.
[27] Carta de Blasco a Huntington. 9.1.1923. Archivo de la Hispanic Society. New York.